

DANZA MEXICANA: PROPOSITOS Y REALIZACIONES

A principio del presente año se inició un movimiento que determinó la transformación completa, en la obra educativa y en la organización profesional, de la danza moderna mexicana.

Al tomar esta decisión, el Instituto Nacional de Bellas Artes tuvo en cuenta la situación de decaimiento a que se había llegado en este sector durante los últimos años. Paralelo a esto, vino un estado de cosas confuso e inestable, en el que se tomaba el camino fácil de las inculpaciones, sin hacer un examen introspectivo de la falta de propósitos y deseos definidos, de la invasión de intereses personales, y de grupo, que determinaron ese mismo estado caótico y desalentador.

La danza mexicana, que durante una época logró, si no plena madurez, sí indudablemente brillantez, fue perdiendo poco a poco aquellos atributos y quedó reducida a manifestaciones esporádicas de grupos que se mantuvieron activos, pero estacionarios en lo que ve a los elementos mismos de la realización coreográfica.

Al decaer las actividades que había encabezado la Academia de la Danza Mexicana, el cuerpo que representaba se disolvió, alojándose en nuevos núcleos que actuaban cada vez con más limitaciones y con menos posibilidades de evolución en la materia. Además, en torno de esos sectores, resueltos todavía a mantenerse en precaria pero fiel actividad, acechaba la tentación de algunos elementos para comerciar, ofreciendo recompensas a quienes abandonaban las disciplinas y los rigores profesionales para intervenir en espectáculos de bajas condiciones de cultura.

La disyuntiva planteaba la atención inmediata para la salvación de la danza mexicana o el abandono de ella en manos de deformadores profesionales, ajenos a la promoción de valores estéticos y de la dignidad artística.

Se tomó entonces la decisión de iniciar un movimiento tendiente a hacer de aquellas actividades fragmentarias una vigorosa corriente de salud para la danza mexicana, agrupando en un organismo a los bailarines y coreógrafos dispersos. Y a la con-

sulta sobre este propósito, el Instituto encontró una visible actitud de aprobación: se reorganizaría totalmente la Academia de la Danza Mexicana, precisando sus fines y estableciendo claramente las diversas carreras que allí se impartirían: bailarín, coreógrafo, maestro de danza. Se procedería a hacer una revisión estricta del programa, se designaría el personal idóneo para ejecutar el plan de estudios, prescindiendo de los nombramientos anteriores, de suyo extraños y confusos, pues en ellos se mezclaban sueldos, becas y prestaciones diversas; se organizaría el Ballet Oficial de Bellas Artes, mediante concurso y se dividiría el año en un semestre de capacitación y otro de preparación y presentación de la temporada. Para facilitar estos propósitos se buscaría que la Jefatura del Departamento, la Dirección de la Academia y la Dirección de la Compañía recayesen en personas ajenas a los grupos hostiles para evitar nuevas pugnas, pero se requeriría a personas de capacidad promotora, de eficiencia educativa y de experiencia en las actividades de la danza. Se buscaría que el nuevo proceso no se viera contaminado o destruido por ambiciones que comprometieran los frutos iniciales del trabajo y la organización. Bailarines y coreógrafos tomarían como dogma fundamental la actuación constante, su capacitación técnica y cultural; en suma, se procuraría integrar el esfuerzo directivo con los representantes nacionales y la capacitación técnica con los mejores exponentes internacionales de la danza moderna. Se plantearían actividades, para el interior y para el extranjero. Se convocaría a un concurso de argumentos y coreografías para estimular la actividad creadora. Las coreografías, por primera vez, serían pagadas a sus autores. Todo esto parecía un sueño. Era demasiado, se necesitaba un presupuesto altísimo para realizar este plan ambicioso, pues no era sólo el caso de pensar en los altos honorarios de los maestros visitantes y en las erogaciones de la temporada, sino en la nómina que debería cubrirse a la compañía, a cuyos miembros se asignaban becas para la etapa de capacitación y sueldos para la temporada, desde los trabajos de preparación. Era difícil; una verdadera hazaña de organización, de financiamiento y, sobre

todo, de unificación, en un medio de suyo difícil de reunir, aun con vistas a un propósito que empezaba entonces por cancelar las discordias existentes. Tarea difícil, sí, pero se logró.

Ha transcurrido el primer semestre y se impone formular un balance, más bien una glosa imparcial de los frutos. Porque ha surgido la alternativa: los esfuerzos realizados ¿han producido la esperada respuesta entre los elementos que integran la compañía? ¿Se ha caído de nuevo en un estado de confusión y discordia que haga aconsejable la disolución de la compañía? ¿Se trata sólo de pugnas transitorias que deben tenerse como naturales en el ambiente de la Danza? En medio de todas estas contingencias, se corre el riesgo de hacer que un esfuerzo indudable del estado, en vez de ser útil a la elevación de la danza como idioma estético de México y como calificada expresión del arte nuestro, se convierta en una perpetua suscitación de controversias y disensiones.

Lo más importante para el Ballet de Bellas Artes está constituido por tres metas fundamentales: enriquecer la técnica de nuestros bailarines para calificar sus medios de expresión; estimular la creación coreográfica, dentro de las modalidades y tendencias que libremente adopte cada autor, pero concediendo importancia a la orientación de la danza como manifestación del arte mexicano; y, por último, dar oportunidades para una actuación decorosa y espléndida, en la temporada oficial de danza y en las actuaciones de divulgación.

Han terminado dos cursos de técnica superior de danza: el que estuvo a cargo del maestro Merce Cunningham y el que acaba de concluir, impartido por la maestra y coreógrafa Ana Sokolov. El resultado técnico es valioso, si bien no atendido como se esperaba por todos los miembros de la Compañía. Es de advertirse que estos cursos no han sido organizados con otro propósito que el de superar la técnica de los bailarines que integran el grupo oficial. Respecto a la orientación que debe seguir la danza nuestra y la manera en que los recursos técnicos deben ser utilizados, para expresar el alma mexicana en aquéllos que tienen inspiración y de-

seos de hacerlo así, no se ha querido recurrir a consejo alguno, pues es bien claro que México tiene elementos de sobra para llegar a concebir su propia verdad, expresarla, defenderla; y lo más que puede esperar de la colaboración extranjera es mejorar los elementos del lenguaje rítmico y las técnicas de expresión que necesita para decir, con las excelencias de la danza, lo que autores, bailarines y coreógrafos mexicanos quieran decir como raza, como país, como entidad social o como sujetos emocionales.

Esta es la manera como entienden la capacitación quienes desean enriquecer ese lenguaje antes de entregarse a acaloradas controversias sobre lo que deben de expresar y la forma y esencia con que han de conseguirlo, pues debe evitarse que al fin de esa polémica la realidad nos sorprenda con el más trascendental y bello mensaje y el más deficiente idioma para pronunciarlo. Esta tentación de ir tras de las bellas o turbias incitaciones que el arte inspira, suelen detenerlo o aplazar el impulso de perfeccionar los elementos con que el artista enuncia su verdad. El hecho de contar con escuelas, academias y conservatorios nos lleva a afirmar que el sujeto humano es perfectible, que el artista no debe confiarse a la súbita y milagrosa inspiración que de toda técnica prescinde; que las más vigorosas tradiciones del arte se fincan, no sobre la habilidad complicadora, sino sobre el estudio riguroso y constante; y que la creación y la interpretación artísticas tendrán atributos universalmente superiores, allí donde los recursos de la expresión tienen calidades y excelencias. Ese fue el origen de nuestro afán por capacitar a nuestro Ballet y recurrir a los elementos de indiscutible mérito internacional. Mas si el fruto de tales enseñanzas es el de provocar estados de discordia entre el grupo capacitado, se le está anulando para aprovechar las técnicas adquiridas en vez de crear el optimismo y la inspiración para lograr las más bellas y armónicas creaciones de la Danza. El Instituto Nacional de Bellas Artes, al adoptar el ambicioso programa descrito, desea que los frutos de esa promoción se manifiesten en la riqueza imaginativa que las creaciones de la danza exigen, en el trabajo de investigación y de estruc-

tura realizado en el taller coreográfico; y en la precisión y alteza emocional de las ejecuciones en el escenario. No deseamos una brillante garrulería en torno de una danza deleznable. Deseamos nuevos ballets de talentosa estructura y esplendorosa realización; deseamos algo digno de ser admirado y aplaudido en el país y en el extranjero. Y si se han proporcionado elementos necesarios para el cultivo superior y se otorgan recompensas y estímulos al que vale, es hora de contestar. ¿Puede lograrse esta brillante meta en el actual estado de cosas? ¿Debe prescindirse de esta organización? ¿Tendremos que concretarnos al ballet clásico y las danzas autóctonas y regionales? ¿Deben buscarse serenamente nuevas estructuras?

Todo hace suponer que si se elimina todo motivo de pugna o de fricción, se dará la tregua necesaria para que los propios bailarines, los coreógrafos y sus respectivos grupos, reconozcan que es más lo que tienen en común que lo que pueda alimentar hostiles divisiones. Sentimos la inminencia de un avenimiento que podría quedar evidenciado con la magnífica temporada de invierno que ha sido planeada ya. El público mexicano, espera lo que tiene derecho a pedir a quienes han recibido indudable contribución del estado para lograr sus metas profesionales: una temporada que supere a las que nos han brindado en México las últimas compañías extranjeras de ballet clásico. Para ello se cuenta con la fecunda inspiración de los coreógrafos mexicanos y con la magnífica calidad de nuestros bailarines. Hay que sobreponer los intereses del arte, a cualquiera tentación divisionista. No se trata de concebir la próxima temporada como única meta de los valores estéticos de la danza mexicana, pero ciertamente constituye la primera prueba de unidad que se presenta a los integrantes del ballet de Bellas Artes, y al propio Instituto que auspicia sus promociones. Tiempo habrá para dilucidar sobre los múltiples temas que esta expresión artística de México suscita; y esto será saludable porque permitirá señalar nuevos rumbos y elaborar nuevas estructuras. Por ahora, ha de prescindirse de los debates para presentar con las más depuradas calidades una temporada digna del ballet oficial y del público mexicano.



A PRINCIPIOS de año se inició la transformación.

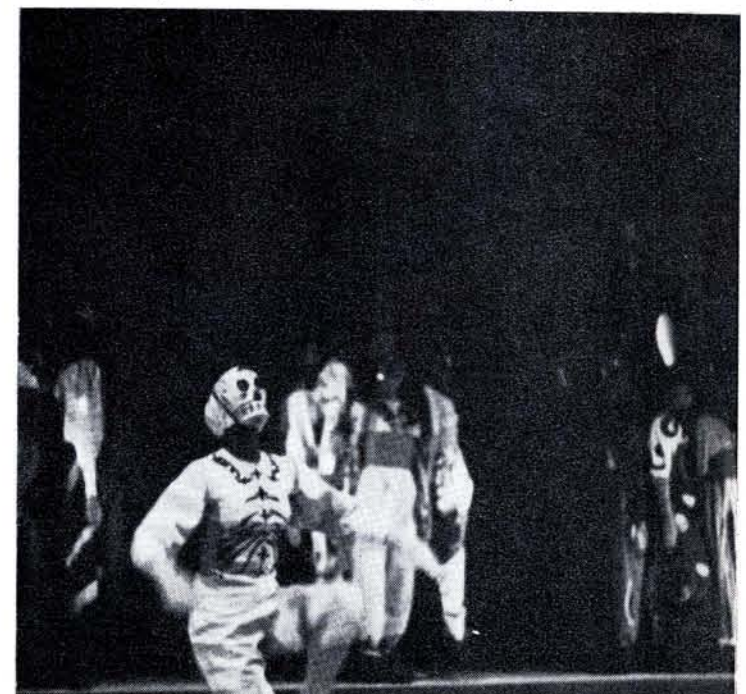


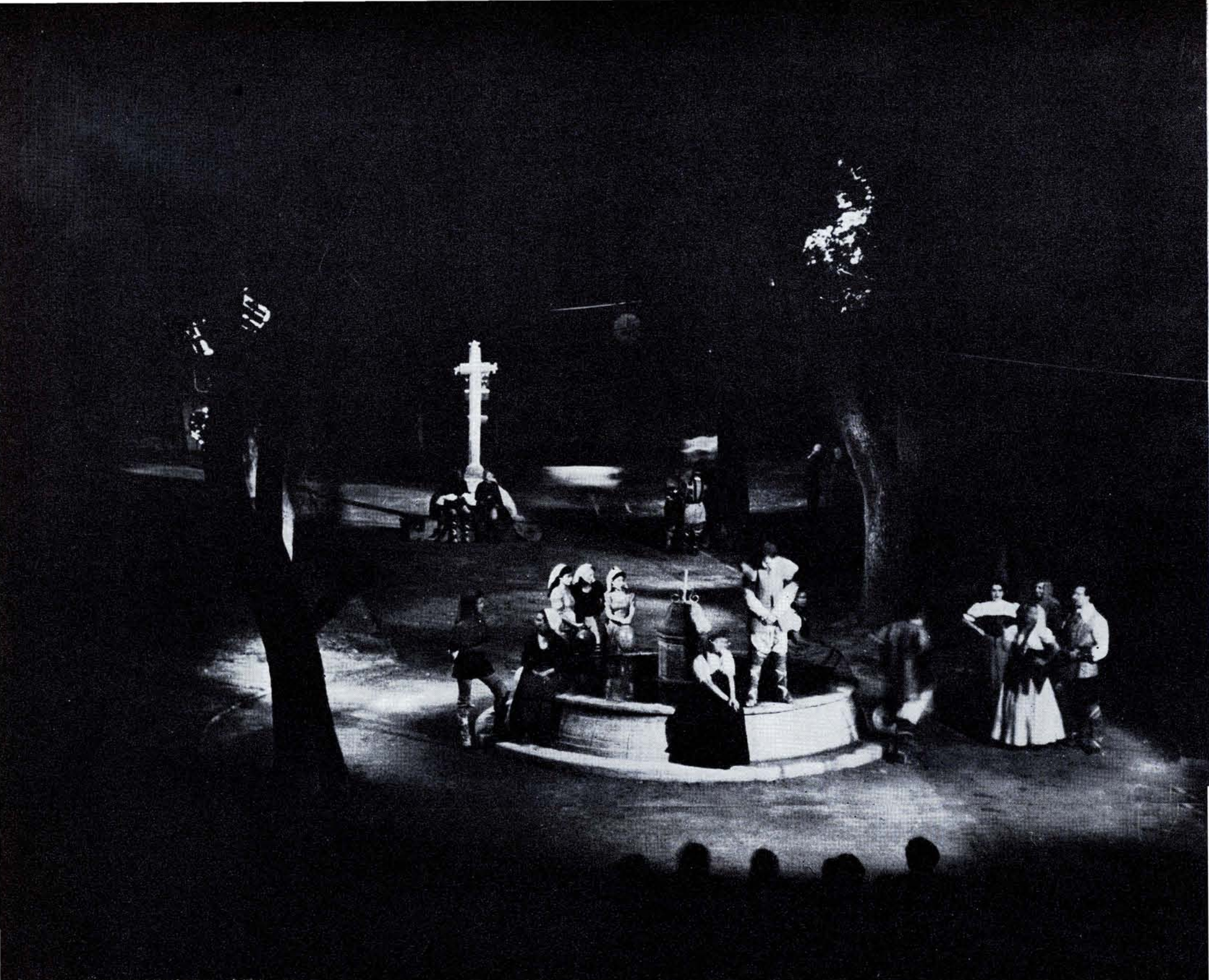
ES NECESARIO eliminar pugnas.



HAY QUE presentar temporadas dignas del Instituto.

EL ARTE se finca en el estudio riguroso y constante.





FUENTEVEJUNA FUE puesta al aire libre por el INBA, en la Plaza de Chimalistac. Y tuvo tal éxito que de inmediato se elaboró un plan para este tipo de teatro.

Lo único improvisado en Fuenteovejuna fue este perro.



FUENTEVEJUNA SE venga, en su señor, de todas las penalidades sufridas injustamente.

